

cabeza como si quisiera desaparecer ante majestad tan grande, y en aquella humillacion del católico al jefe de la cristiandad, profirió contra el monarca toda suerte de irreverentes y aterradoras amenazas. El Papa le amenazó en su ira, como él sabia de antiguo amenazar; y el embajador le respondió en su apuro que conocia como arriesgaba su vida, pero que antes de partirse, habia recibido del poderoso Rey, á quien representaba, la seguridad completa de que á sus hijos nada podia serles tan favorable como su muerte, y estaba resuelto á morir allí, diciendo la verdad, aunque solo fuese por el pro y adelantamiento de los suyos. Sixto, al ver tal resolucion, retrocedia instintivamente, á saltos, sin atreverse á volver la espalda por no cometer un irreparable desaire y el embajador de rodillas le seguia por el salon, cada vez en actitud mas humilde y con palabras mas amenazadoras y arrogantes. Díjole á su vez el Pontífice que desacataba su autoridad, y contestóle con mayor desacato el embajador que creia servir en aquel acto y en aquel momento á su monarca y á su Dios, impidiendo la exaltacion de un hereje al trono de la tierra conocida con el nombre de la primogénita entre las naciones católicas. Sixto V declaró que haria lo posible por convertir á Enrique IV al catolicismo y el embajador le contestó que, mientras no se convirtiera y bautizara, no tenia derecho á reinar sobre una tierra católica y que, aun convertido y bautizado, habia de aguardar mucho tiempo como neófito y catecúmeno, para optar á premios como una corona, y habia de destruir por una larga penitencia todos los males hechos con su rebeldía y con su celo á la Iglesia católica. Sucedieron por esta incertidumbre de Sixto V sucesos tan extraños como que apoyase al partido católico extremo y combatiere á Enrique IV, al acercarse á Paris despues de la batalla de Ivri, el propio legado pontificio, quien no habia recibido de Sixto nuevas instrucciones y estaba obligado á practicar las antiguas, dadas en tiempo en que el Papa presidia la liga de los católicos y apoyaba el proceder y el sentir de los españoles.

España no podia perdonar tal incertidumbre y Felipe debió hacer sentir á Sixto su férrea mano real. A principios de su pontificado, las naciones italianas formaban al rededor suyo como un coro y le sostenian á una en todos sus proyectos. Así ¡oh! solamente así, pudo contrastar la fuerza de los bandidos y expulsarles de sus Estados. Pero en cuanto se desavino de la política espa-

ñola, comenzaron Nápoles en el Medodía y en el Norte Milan, á suscitarle toda suerte de conflictos y á urdirle todo género de conjuraciones. Milan sembró contra él cóleras entre los fuertes romañoles y Nápoles dificultades innumerables en las sumisas Marcas. Lo cierto es que las Marismas, las Romanías, la Campiña de Roma, se infestaron de partidas, á las cuales no podia contrastar el mermado ejército pontificio. Los güelfos, los mayores amigos del Papa, los que siempre le habian defendido y en muchos trances salvado, volviéronse contra él, y apoyaron todas las rebeldías y á todos los rebeldes. No fué mucho, pues, que se viera ir por los campos de la monarquía papal en armas los bandoleros, con organizacion superior á la organizacion del ejército, y con banderas y tambores á sus respectivas frentes. El Papa no podia de ningun modo, acostumbrado á vencer y á dominar, conformarse con esta humillacion y esta derrota. Sus nervios se le descomponian de suerte que semejava un epiléptico. Ardia su cabeza devorada por un volcan de terribles pensamientos. El corazon le saltaba en el pecho, y como si desmintiese por una irrision de la suerte, su naturaleza, y revocase la mayor de sus cualidades, la tenacidad en la energía, vaciló, é hizo lo que mas daña en el gobierno y direccion de las cosas humanas, entregarse á una perplejidad sin término, y en esta perplejidad le sobrecogió la muerte allá por el veintisiete de agosto de 1590, cuando todavía no estaba en sólidos cimientos fundada la reaccion religiosa, que habia contribuido él á fomentar en los comienzos de su reinado y habia contribuido á detener en las postrimerías debilitadas y oscurecidas por su inexplicable incertidumbre.

Mucho debió sufrir Sixto V en tales perplejidades cuando la resolucion se hallaba entre sus mayores virtudes. Pueden cosecharse á centenares en sus memorias las anécdotas que prueban esta verdad por lo demás evidente. Contemos una, entre muchas de tan dramáticas historias. Podia muchísimo, como era natural, en la corte pontificia el prelado Fernando de Médicis, á cuyo cardenalato se juntaba el poder de su régia familia en el centro de Italia y la eventualidad probable de ceñir él mismo la espléndida corona de Toscana. Fernando, á pesar de su carácter eclesiástico, vivia como un calavera soltero, peleando en continuos desafíos con los mozos de Roma y requiriendo de amores á todas las mujeres. La que mas fijó su atencion volandera y su afecto



inconstante, en aquel continuo reñir con los hombres y querer á las mujeres, fué una princesa de la noble casa de Farnesio. Aturdido hermano de esta, jóven de pocos años y muchos devaneos, obtuvo audiencia del Papa, y en esta audiencia dejó caer una pistola del pecho. Tal caso le valió en aquellos duros tiempos, y bajo tan cruel pontificado, una sentencia de muerte. Estaban para decapitarlo, cuando el cardenal de Médicis atrasó los relojes de Roma, y se presentó á pedir misericordia para el reo, en la hora misma de su decapitacion. Sixto cayó en la red, y creyendo ya decapitada la víctima, y en el otro mundo, no tuvo empacho alguno para perdonarla en este, y firmó un burlesco é irrisorio perdon. Pero la burla se la dió el cardenal Fernando al Papa Sixto, quien así que la supo, herido en su soberbia y puesto en ridículo por tal estratagema, envió esbirros á prender al cardenal y hacerle pagar caro su increíble atrevimiento. Fernando no se anduvo en remilgos, y cogiendo su gente de armas, especie de audaz ejército, se presentó en el Vaticano, como pudiera presentarse un general en sitiada y embestida plaza. Sixto no tuvo mas remedio que perdonar á tan poderoso enemigo; pero como le viera debajo de la púrpura una coraza, preguntóle si le parecia tal vestimenta propia de un príncipe de la Iglesia, y Fernando le contestó que lo era de un príncipe de la Italia. Y como Sixto le amenazara con quitarle su rojo sombrero de cardenal, contestóle que tenia él para sustituirlo un casco de hierro, pues tales porfías sustentaban entonces entre sí los encargados de dirigir y esclarecer la conciencia humana desde las aras de los altares y desde las alturas de los tronos.

¡Oh irrisión de la suerte! Aquel hombre, cuya facultad soberana era la energía del temperamento y la fuerza de voluntad, espiraba en medio de vacilaciones, perplejidades y dudas. Viviendo la vida espiritual propia del monacato mendicante, acertó á ser un buen administrador y un violento hacendista, que llenó las arcas de su Tesoro con extorsiones sin cuento. Valeroso y tenaz, combatió las hordas bandoleras, como un Pedro el Cruel de Castilla combatiera las hordas feudales. Pero en la gran política, en las empresas colosales, aquejábanle dos defectos capitalísimos, á saber, hacia poco y soñaba mucho. Todos aquellos apocalipsis de la toma de Constantinopla y de la conquista del Egipto y de la cruzada universal á Jerusalem, reducíanse

al fin, y en último término, á notas y cartas, á cual mas fantaseada y menos práctica. En el gran trabajo, que sobre sus hombros echára, de continuar y concluir la reaccion religiosa, iniciada por Paulo III con tanta prevision, mantenida por Paulo IV con tanta pujanza, y exagerada por Pio V con tanto extremo, no hizo mas que pasar de las violencias á los arrepentimientos. Con razon llama el ilustre Ranke á su política inexplicable allá en su monumental historia de los Papas. Los jesuitas consagrados á defender en muerte á los mismos Pontífices á quienes han apenado en vida, contradicen la opinion del historiador aleman, y atribuyen las vacilaciones de Sixto en los asuntos franceses á prevision de que debia Enrique IV convertirse al Catolicismo. Pero no se convirtió sino despues que cuatro Papas sucedieron á Sixto V, y cuando la opinion general de sus partidarios mas valiosos le impuso una indispensable abjuracion que nunca le pasó de los labios. El abandono de la política española no tiene justificacion juzgado desde las alturas del Catolicismo. La exaltacion del navarro al trono fué la derrota de todas las intransigencias teocráticas. Aunque no triunfó el Protestantismo en la nacion central de Europa, quedó rota la liga religiosa con tanto esfuerzo establecida por Paulo III, quedó deshecha la inteligencia entre las potencias católicas con tanta gloria llevada por Pio V hasta los mares de Lepanto, quedó victoriosa una política de conciliacion y de términos medios por la cual pudo el edicto de Nantes, contrario á la intolerancia católica, darse, y establecerse aquel galicanismo régio, monárquico, nacional, con sus pretensiones á la independencia, con su clero propio, con sus especiales tradiciones, que habia de resultar un protestantismo dulce y mitigado, y en tal manera que los mismos partidarios del prudentísimo y astuto Enrique IV, despues de haberlo exaltado y haberlo absuelto solemnemente, por bendicion de Inocencio VIII, bendijeron tambien á su infame regicida, y colocaron su asesinato alevoso entre los tiranidios jesuíticos, excusados por la Iglesia y consentidos por Dios.

La imaginacion popular ha hecho de Sixto un Papa legendario. Todo el mundo cree la fábula del disimulo y de las muletas arrojadas al aire con soberbia en el momento de su eleccion milagrosa. No es mucho, pues, que su agonía y su muerte hayan sido rodeadas por el candor popular de poesías



y de leyendas. Cuéntase, pues, hasta en los papeles diplomáticos y en las comunicaciones de los embajadores, que poco antes de morir Sixto V, penetró en la cámara de su agonía torvo fraile vestido de blanco, y semejante á una móvil estatua funeraria recién descendida del tope de su sepulcro. Aquel fraile no era otra cosa en realidad sino un alma del otro mundo, con la cual Sixto sellara un día terrible pacto, á cambio de lustro y medio de vida en el trono pontificio. Y el alma en pena se inclinó sobre la terrible almohada para escuchar las palabras del moribundo, quien pedía en su ambición de poder y de gloria, otro medio lustro de vida para concluir y coronar sus magníficas obras. Pero el fraile solamente le concedió medio año, y al ver tan corto plazo, dijo Sixto que no valía la pena de vivir, y metió su cabeza fría entre las almohadas para espirar pronto. El fraile, al salir, tocó en el hombro al cardenal que debe recoger el último suspiro de los Papas, y le dijo que se acercase á la cama del poderoso moribundo. Entró este con el copon de las sagradas formas en la cámara, y lo tuvo que dejar sobre una mesa, porque no quería la última comunión el Papa. Administráronle solamente la extremaunción y en duda completa de si estaba vivo ó muerto. Aunque había en su estancia, y á tal hora, treinta y dos prelados suyos, ninguno logró recabar de su enérgica voluntad que se confesara. Cuando Camerino le murmuraba las fórmulas sacramentales en las orejas, casi sordas, y le pedía una palabra de contrición que mostrara su deseo de reconciliación con Dios en tan supremo trance, Sixto no hacía más que resistirse y quejarse. Así cuentan las historias que, al salir el suspiro postrero de sus labios cárdenos, un siniestro pájaro, semejante á colosal murciélago, extendió sus dos terribles alas sobre aquel inanimado cuerpo, y fué dando infernales graznidos, mientras el cielo se oscurecía, y las nubes, aglomeradas sobre las eminencias del Vaticano, relampagueaban y tronaban y fulminaban; prueba cierta, según las supersticiosas muchedumbres romanas, de que Sixto no había subido desde guardador de puercos á guardador de almas, sino por medio de un pacto con el mismísimo demonio: que las supersticiones engendradas en la servidumbre intelectual y moral concluyen por volverse siempre contra el que las sugiere y las alimenta. Así fué la personalidad histórica del Papa Sixto V.

Desde setiembre de 1590 á enero de 1592 pareció el conclave una especie

de Asamblea permanente. Los Papas nombrados para sustituir á Sixto V morían con tal frecuencia que se necesitaba reunir de nuevo á los cardenales para nombrar el sucesor inmediato é impedir la vacante continua de la sede apostólica. Baste decir, para encarecer la frecuencia de los conclaves, que desde mediados de 1590 hasta fines de 1591 reinaron, después de Sixto V, Urbano VII, Gregorio XIV é Inocencio IX; y á principios de 1592 Clemente VIII. De suerte que hubo cuatro Papas en menos de dos años. Estas elecciones despertaban vivísimo interés. En vez de tomar el carácter meramente nacional de la elección que designara por Pontífice á Sixto IV, estas elecciones rápidas tomaron, todas á una, un sucesivo é importante carácter internacional. En lucha la causa del católico Felipe II con la causa del luterano Enrique IV, tratábase de saber si la Iglesia con su jefe máximo se decidiría por la conciliación de los católicos moderados, ó por la intransigencia de los católicos fervientes. En los conclaves primeros del siglo décimosexto habían reñido tantos duelos como en los campos de batalla los ejércitos respectivos aquellos religiosos ejércitos de cardenales, que tenían Maximiliano de Austria, Fernando V de Aragón, Carlos I de España, Francisco I de Francia, Enrique VIII de Inglaterra en las cortes pontificias. La fuerza de los embajadores católicos había pesado más que las providas alas del Espíritu Santo en la disputada elección de los Pontífices. Pero después de mediar el siglo décimosexto los cardenales cobraron mayor independencia, desasidos de sus respectivas cortes, y pudieron decidirse con mayor libertad, sin atenerse á otra cosa más que al influjo mermado y débil de las casas reinantes en Italia, representadas por los respectivos cardenales de Ferrara, de Urbino, de Parma, de Florencia y de otros diminutos Estados. Pero, muerto Sixto V, la cuestión de los nuevos Papas tomaba colosales proporciones y cada fracción se hacía pagar caro su voto respectivo y su particular influjo. El partido español no podía menos de triunfar por los grandes intereses que movía y por las arraigadas ideas que sustentaba. Así eligió este partido un Papa de todo en todo contrario á Sixto V y á su anti-española política. Llamóse tal Papa en el mundo Juan Bautista Castagna y en el solio Urbano VII. Todos creían y esperaban que tal elección decidiese á favor de Felipe II el grave litigio con Francia;